



Ángel de Saavedra Rivas

El solemne desengaño

Romance Primero

El galán. La enfermedad

De fortuna en la alta cumbre,
grande, joven, rico, bueno;
de virtud, saber, belleza,
dechado, pasmo y modelo;
 el más galán en la corte,⁵
en las justas el más diestro,
el más afable en su casa,
el más docto en el consejo;
 brilla el marqués de Lombay
cual rutilante lucero¹⁰
al lado de Carlos Quinto,
domador del universo.

 Mas entre tantos aplausos
y en tan elevado asiento,
donde el orbe le sonr¹⁵

y donde le halaga el cielo,
algo falta a su ventura,
o alguna mano de hierro
del corazón se la arranca,
y se la saca del pecho.20
Melancólico el semblante,
y los labios entreabiertos
y las siniestras miradas
y el mudo desasosiego,
ya en los saraos de la corte,25
ya en los festines risueños,
ya en la caza bulliciosa,
ya en solitarios paseos,
ya en el salón, ya en la plaza,
ya en la justa, ya en el templo,30
en la mesa, en el despacho,
en la vigilia, en el sueño,
un alma rota descubren
por un fijo pensamiento,
y un corazón que devora35
el cáncer de un gran secreto.

*

En vano sondar procuran
los malignos palaciegos
con astucia cortesana
aquel abismo encubierto.40
Tan solamente columbran
que los ocultos tormentos
del marqués se dulcifican
para ser mayores luego,
o cuando en palacio asiste45
al servicio honroso, atento,
de la Emperatriz augusta,
de las hermosas modelo;
o cuando busca, devoto,
con el fervor más ingenuo,50
arrodillado en la iglesia,
en Dios amparo y consuelo;
o cuando por los jardines
que al pie de la gran Toledo
riega el Tajo se pasea55
solo, y del bullicio lejos,
con Garcilaso su amigo;
ora escuchando sus versos,
ora en largas conferencias
de gran sigilo y misterio.60
Allá en palacio embebido
quedaba en mudo embeleso,
pálido o rojo el semblante,
convulso, agitado el pecho,

y bebiendo con los ojos,65
llenos de vida y de fuego,
de la emperatriz hermosa
los más leves movimientos.

En acatarla, en servirla,
y en acertar sus deseos,70
aunque tímido y turbado,
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
se le miraba en el templo,
como quien está en batalla75
con gigantes del infierno,
y pide al Omnipotente
para tal combate esfuerzo;
y después de orar un rato,
y aun de verter llanto acerbo,80
dijérase que encontraba,
de misericordia lleno,
al Señor a quien auxilio
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas85
era tan locuaz y tierno,
tan expresivo unas veces,
otras tan callado y serio,
como el que o cuenta delirios
y habla de locos proyectos,90
o escucha reconvenciones
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
su espíritu estaba puesto,
y era infeliz, en las dichas,95
luchando consigo mismo,
entre pasiones, virtudes,
obligaciones, deseos,
infernales sugerencias
y celestiales preceptos;100
siendo campo de batalla
su mente y su roto pecho,
do luchaban frente a frente
ángeles malos y buenos.

*

La más lozana azucena,105
gala del jardín, el cuello
dobla marchita si esconde
roedor gusano en su seno,
y la más gallarda encina
que alza su pompa a los cielos,110
si el corazón se le seca,
rómpese al soplo del viento,
así con un alma enferma

no puede haber sano cuerpo,
ni salud que no se postre115
con un corazón deshecho.

Al cabo maligna fiebre
convierte la sangre en fuego
por las robustas arterias,
por el juvenil cerebro120
del de Lombay, que postrado
yace doliente en su lecho
de oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!,
duro potro de tormentos.

*

Como jefe de palacio,125
tiene su vivienda dentro,
con ostentación servido
de pajes y de escuderos.

Mas la pena más amarga
y el más hondo desconsuelo,130
y la ansiedad más horrenda
y el cuidado más acerbo
reinan en las ricas salas,
entre amigos y entre deudos,
cunden en palacio todo135
y consternan a Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,
hidalgos y caballeros,
y hasta el vulgo humilde, miran
con asombro y desconsuelo140
en el peligro de muerte
a tan gallardo mancebo,
a tan alto personaje,
de virtud a tal portento.

Y no hay semblante sin llanto,145
ni sin angustias hay pecho,
ni labio que no pregunte
con inquietud y con miedo.

*

Garcilaso de la Vega
(sin que ni el hambre ni el sueño150
en su ansiosa vigilancia
tengan el menor imperio),
ni una hora, ni un solo instante
deja el lado del enfermo,
y de él los ojos no aparta155
sentado junto a su lecho.

Ojos de llanto arrasados,
pero de continuo atentos
a que nadie, nadie, escuche
sus fantásticos conceptos,160
las voces rotas, que acaso

del delirio en el acceso
suelen dar funesta lumbre
revelando hondos misterios.

Y cuando allá a medianoche¹⁶⁵
rendidos ya por el sueño,

yacían los servidores
reinando feral silencio,
y en letargo sumergido
también miraba al enfermo,¹⁷⁰
en el estado terrible
en que es casi muerte el sueño;

a la luz trémula, opaca,
de lejano candelero,
que abultaba oscuras sombras¹⁷⁵
en las cortinas del lecho,

dando vislumbres escasas
y fantásticos reflejos,
en rapacejos de oro,
molduras y terciopelos,¹⁸⁰

Garcilaso, vigilante,
un tenue rumor oyendo,
se alzaba con mudos pasos,
y a un lado del aposento
levantaba, no sin susto,¹⁸⁵

un rico tapiz flamenco,
y en la pared descubría
angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso
por él asomaba luego,¹⁹⁰
con manto y capuz sin formas,
aparición, sombra, ensueño,
sobrenatural producto
de algún conjuro. Con lentos
pasos, sin rumor, al lado¹⁹⁵
llegaba del rico lecho.

Y en el doliente clavaba
ojos cual brasas de fuego;
y una mano, que en la sombra
daba vislumbres de hielo,²⁰⁰

por la calurosa frente
del aletargado enfermo
pasaba, gemidos hondos
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo²⁰⁵
postigo oculto y estrecho,
desaparecía, dejando
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
y que había cobrado cuerpo²¹⁰
alguno de los delirios

de la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba
el muro otra vez cubriendo,
y tornaba Garcilaso²¹⁵
a ocupar mudo su puesto.

*

El doctor Juan Villalobos,
de aquella Corte galeno,
al personaje consagra
toda su ciencia y su esmero.²²⁰

Y en el pronóstico duda,
y, cauto, no quiere hacerlo
hasta que síntomas note
más favorables que adversos.

De la juventud al cabo²²⁵
triunfó la fuerza, y el Cielo
miró con benignos ojos
la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
y tornó a lucir risueño²³⁰
el rayo de la esperanza
en los aterrados pechos.

Docto o sagaz Villalobos
prescribe como remedio
que busque fuera de España²³⁵
nuevos aires, climas nuevos.

Romance Segundo La ausencia

El gran marqués de Lombay,
del inminente peligro
salvo, en que se vio de muerte
por enfermedad o hechizo,²⁴⁰

salió de España, siguiendo
los saludables avisos
del docto Juan Villalobos,
o médico o adivino.

Y aunque el dejar a Toledo²⁴⁵
para su pecho lo mismo
fue que dejarse allí el alma,
resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
aquel veneno escondido,²⁵⁰
aquel encubierto cáncer,
aquel pertinaz martirio
que desgarraba su pecho,
que turbaba sus sentidos,

que devoraba su vida,255
que era su infierno continuo,
a los campos de la Italia
llevó, ¡mísero! consigo;
pues penas como las suyas,
que astros y contrarios signos260
combinan, fraguan y aplican
para un fin desconocido,
en un alma de gran temple,
en un pecho de alto brío,
no mudan cuando se muda265
de atmósfera y domicilio,
porque no cambian del cielo
los misteriosos designios.

*

Halló el marqués en Italia,
(porque al cabo el cielo quiso270
que algún consuelo encontrase,
que tuviese algún alivio),
a su tierno confidente,
a Garcilaso su amigo,
que guerrero tan insigne,275
como trovador divino,
siguió de Italia la empresa
por el César Carlos Quinto,
con el canto de las musas
uniendo de Marte el grito.280

*

El marqués, cual siempre mustio,
y cual siempre discursivo,
de aquella guerra los lances
siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia,285
con Garcilaso su amigo,
lidió como caballero
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
y los Alpes y Apeninos,290
y visitó cual curioso,
y admiró como entendido
los insignes monumentos,
ya modernos y ya antiguos,
que hacen el suelo de Italia295
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
oró postrado y sumiso
en las ermitas humildes
que daban nombre a los riscos;300
y en los magníficos templos
que ensalzan al cristianismo,

y son de aquellas ciudades
ornato, fama y prodigio.

*

¡Cuántas veces los jardines³⁰⁵
que riega el Tesin y el Mincio
los mismos nombres oyeron
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
de Garcilaso, que hoy mismo³¹⁰
nos admiran y enternecen,
vencedoras de tres siglos,

tiernas lágrimas sacaron
de los ojos encendidos
y del corazón doliente³¹⁵

del marqués contemplativo
en las selvas do arrancaron
no menos hondos suspiros,
de otros destrozados pechos
los acentos de Virgilio!³²⁰

¡Cuántas veces, ¡ay!, seguían
del marqués los ojos fijos
de la plateada luna

el lento y mudo camino;
y al verla hacia el Occidente³²⁵

rodar con pausado giro,
algún encargo le daba
para el Tajo cristalino;

con sus miradas queriendo
como estampar en el disco³³⁰
caracteres, que otros ojos
por un prodigioso instinto

leyeran, cuando argentada
derramara el claro brillo
sobre el regio balconaje³³⁵
de algún alcázar dormido!

*

De la expedición de Francia
tornaba, pues, el servicio
del emperador siguiendo,
con Garcilaso el divino,³⁴⁰
cuando no lejos de Niza,
antigua torre o castillo,
a los pendones del César
osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,³⁴⁵
por temeraria, el prestigio
perdió de valiente, siendo
sólo acreedora al castigo,
y a dárselo Garcilaso,
desnudo el acero limpio,³⁵⁰

y embrazada la rodela,
voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
los tenaces enemigos,
y darles súbito asalto³⁵⁵
determinase al proviso.

Se aplica la escala al muro,
y sube por ella altivo
el valeroso poeta
que el miedo jamás ha visto;³⁶⁰

cuando de los matacanes
desplómase con ruido
grave piedra, que arrollando
la escala, frágil camino

por do a la gloria subían³⁶⁵
tanto ingenio y tanto brío,
hirió la noble cabeza
do el lauro a la yedra unido

hubiera evitado el rayo,
y no pudo, ¡infausto sino!,³⁷⁰
de un tosco peñasco entonces
evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
en el foso; horrendo grito
de desconsuelo y venganza³⁷⁵
atronó el fatal recinto;

y el de Lombay presuroso
al socorro de su amigo
voló, y en sus tiernos brazos
retiróle con peligro.³⁸⁰

*

Una hora después, escombros
era el funesto castillo,
y de la alevosa sangre
era su ancho foso un río,

pues completa la venganza³⁸⁵
de Garcilaso hacer quiso,
en dolor y saña ardiendo
el emperador invicto.

Mas, ¡ay!, fue venganza estéril,
cual siempre todas han sido,³⁹⁰
pues en Niza a pocos días
era el poeta divino

cadáver yerto, dejando
la fama de sus escritos,
y la gloria de su muerte³⁹⁵
por rica herencia a los siglos.

Golpe atroz, golpe tremendo
fue para el marqués su amigo,
pérdida tan impensada,

tormento tan imprevisto,400
y del dolor más profundo
mil pensamientos distintos,
y mil funestos presagios
le hundieron en tal abismo,
que si el brazo del Eterno,405
que aun para mayor conflicto
le reservaba, no hubiera
dándole piadoso auxilio,
acaso una misma losa,
acaso un túmulo mismo410
encubrieran y tragan
los restos de ambos amigos.

*

A poco, con luto amargo
en el alma y el vestido
tornó, ¡infelice!, a Toledo415
con el César Carlos Quinto,
El marqués, sin confidente
en quien encontrar alivio,
ahogando en tormento mudo
de su alma rota los gritos.420

Romance Tercero
Un sol apagado

Era la estación florida
de la hermosa primavera,
tan hermosa en las regiones
que el Tajo aurífero riega,
y un sol joven, rutilante,425
rodando por la alta esfera
de puro zafir, torrentes
de luz vivífica y nueva,
derramaba por Castilla,
y sobre las gigantescas:430
torres de la gran Toledo,
de España corte y diadema.

De Toledo, que con justas,
banquetes, danzas y fiestas,
de su monarca triunfante435
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,
donde luce su destreza,
gran jinete en ambas sillas,
el sacro y augusto César.440

En los soberbios palacios
músicas acordes suenan,

a cuyo compás, gallardas,
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados⁴⁴⁵
los ricos salones llenan;
y plazas, calles, paseos,
corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos
en los festejos se esmeran,⁴⁵⁰
y disponen un torneo
donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,
deslumbrando la palestra,
el de Lombay, revolviendo⁴⁵⁵
una berberisca yegua,

y con la pica en el ristre,
haciendo tan altas pruebas,
que de palmadas y vivas
el vulgo la plaza atruena.⁴⁶⁰

Sobre las lucientes armas
una banda lisa y negra,
y negros los martinetes
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto⁴⁶⁵
con que a su amigo recuerda,
otros, de su pensamiento
melancólico el emblema.

Y que funesto presagio
de una desgracia tremenda,⁴⁷⁰
que le amenaza inminente,
sólo juzgarse debiera.

*

El ancho campo preside
la emperatriz, como reina
de la hispana monarquía,⁴⁷⁵
y de la humana belleza,
y de cuantos corazones
laten en la plaza extensa,
y en toda la fiel España
lealtad y honradez alientan.⁴⁸⁰

Un gran festín en palacio,
cuando el sol a las estrellas
cedió de los altos cielos
las despejadas esferas,
celebróse, y luego danza,⁴⁸⁵
en que al son de las orquestas,
las majestades augustas
tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente
funciones se anuncian nuevas,⁴⁹⁰
sin que ni el sueño intervalo

permita entre fiesta y fiesta.

*

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
en la miserable Tierra,
tras de las más dulces horas⁴⁹⁵
horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas
en infortunios se truecan,
cámbiase la gala en luto,
se torna el gozo en tristeza!⁵⁰⁰

Sale el sol; inmenso pueblo
las calles y plazas llena,
ansiando nuevos placeres,
y que aún no madruga piensa;

alistan los cortesanos⁵⁰⁵
sus comparsas y libreas,
joyas, armas, vestes, plumas,
corceles, lanzas, empresas;

cuando, demudado el rostro,
de la alcoba de la reina⁵¹⁰
sale trémula, llorosa,
una camarista o dueña.

Y a los jefes de palacio,
grandes y damas de cuenta
que a su majestad aguardan⁵¹⁵
para ir a misa con ella,

dice, inflexiones buscando,
que desfiguren la nueva:
«La emperatriz hoy no sale,
la emperatriz está enferma.»⁵²⁰

Pasma la noticia a todos,
embarga a todos la lengua,
y en un silencio profundo
la estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero,⁵²⁵
de los pies a la cabeza
temblando, y pálido el rostro,
pregunta con gran sorpresa:

«¿Y su majestad, qué siente?»
Y le responde la dueña:⁵³⁰
«Aguda fiebre la abrasa,
grave postración la aqueja.

»Que el doctor Juan Villalobos
sin perder instantes venga
pues hay peligro inminente:⁵³⁵
si no me engañan las señas.»

Dio el marqués atrás dos pasos,
y en un sillón de vaqueta
se desplomó, como herido
por envenenada flecha.⁵⁴⁰

*

La noticia, que en voz baja
anunció la camarera,
creció al punto, y como trueno
que al orbe asombra y aterra,
ya por Toledo retumba,545
helando a todos las venas,
partiendo los corazones,
trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas
recógense las libreas,550
murmullo de horror circula,
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
que los festejos celebran,
se oyen sólo las campanas555
que al Cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
en su parda mula llega,
el doctor Juan Villalobos,
el portento de la ciencia.560

Presuroso, fatigado,
sube sin hablar, penetra,
del emperador seguido,
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos565
que clava en la augusta enferma,
su quebrada vista advierte,
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina
la respiración molesta,570
dice un oscuro aforismo
arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,
y con azogada diestra,
después que un rato medita,575
docto escribe una receta.

*

La emperatriz de Alemania,
de España la augusta reina,
hermosa entre las hermosas,
discreta entre las discretas,580

la gentil, fresca, radiante
y embalsamada azucena
que dio a Toledo Lisboa,
de paz y dominio prenda,
en vez del trono del mundo,585
do el mundo la reverencia,
yace en el doliente lecho;
de nuestra humana flaqueza,

agotando las angustias,
apurando las miserias,590
deslumbrada la hermosura,
trastornada la cabeza,
 flor lozana que al impulso
del cierzo se troncha y seca,
astro a quien apaga y hunde595
del Creador la omnipotencia.

*

Un sol y otro sol de Oriente
los umbrales atraviesan,
y sumergida a Toledo
en consternación encuentran.600

Ya ven por calles y plazas
cruzar procesiones lentas,
fervorosas rogativas
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar,605
y oyen llanto en las iglesias,
y llanto hay en los palacios,
y llanto en las chozas suena,
 que era universal la angustia
por tan adorada reina,610
y con lágrimas su nombre
se oye repetir doquiera.

El de Lombay, convertido
en muda y helada piedra,
ni un solo momento falta615
de la antecámara regia.

Ni hambre ni sueño conoce
que apartarle un punto puedan
del cerco de una ventana,
fijos los ojos en tierra.620

Cuando el docto Villalobos
con otros físicos entra
en la silenciosa alcoba,
le acompaña hasta la puerta,
 y con inquietud extraña,625
su salida ansioso espera,
y algo preguntarle quiere
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,
con las palabras no acierta,630
y en él clava ardientes ojos,
cual si penetrar pudiera
 su pensamiento escondido
los arcanos de la ciencia.

Y calla, y lágrimas pocas635
su mustio semblante queman.

¡Desdichado! ¡Harto le dice

su corazón...! Sólo queda
en él alguna esperanza
en las bondades eternas.640

*

Cabildo, comunidades,
parroquias, todos se esmeran
en solemnes rogativas,
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos645
los templos llorosos llenan,
y a voces al Cielo piden
la salud para su reina.

Todo en vano; fue de bronce
a los clamores y quejas,650
pues sus ocultos designios
jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
los sacramentos ordena,
pues ya remedios no sabe655
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,
pero que los pechos quiebra
del aterrado gentío,
que la gran Toledo puebla,660
consternado el arzobispo,
con devota pompa lleva
al regio doliente alcázar
el pan de la vida eterna.

*

Tal consuelo sintió el alma,665
de piedad insigne llena,
que aún pudo dar fuerza al cuerpo
de la agonizante enferma.

Dio margen falaz alivio
a esperanzas pasajeras;670
mas el doctor, aterrado
término fatal recela.

A los dos días, tal fiebre,
tales síntomas se muestran,
que de repente el palacio675
de gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,
en llanto prorrumpe el César,
y desatentadas corren
las camaristas y dueñas.680

Lombay en su puesto, inmoble,
sin mover los labios reza,
cuando de la regia estancia
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos,685

a quien con temor se acerca,
preguntándole angustiado
si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
cómo darle la respuesta,690
alza los ojos al cielo
y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,
y cobrando extraña fuerza,
movimiento convulsivo695
y una actividad horrenda,
de la cámara corriendo
parte, la guardia atraviesa,
sale a la plaza, el gentío
clamoroso que la llena,700

del palacio en los balcones
la vista y almas las puestas,
penetrando, sin que nadie
en tan gran señor advierta;

Y por calles solitarias705
sin objeto vaga y vuela,
el ferreruelo arrastrando,
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
y el cielo, de primavera,710
azul, despejado, puro,
que espléndidos hermocean
celajes de oro y de grana,
do el sol poniente refleja
una bóveda de plomo715
que sobre su frente pesa,
que lo ahoga y lo confunde,
sin aire y sin luz en tierra
se le figura, y le faltan
para echar el paso fuerzas.720

Sigue, párase, vacila,
suda, se abrasa, se hiela,
gíranle en torno las casas,
que se le hunde el suelo piensa,
y le zumban los oídos...725
Una bomba es su cabeza
pronta a estallar..., cuando mira
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
por sus umbrales penetra,730
al tiempo que en Occidente
daba el sol su luz postrera.

*

El de Lombay en el templo
oscuro y frío, tropieza

con varios informes bultos,735
fieles devotos que rezan,
y cuyos vagos contornos
ver la oscuridad no deja;
y al presbiterio le guía
fulgor de mustias candelas,740
así como por el bosque,
perdido en la noche ciega,
tropezando, el peregrino
va hacia la lejana hoguera,
del altar santo delante745
se arroja en las losas tersas
del pavimento, formando
tras sí larga sombra en ellas,
los brazos en cruz, clavados
los ojos (en que reflejan750
del retablo los esmaltes,
las lámparas y las velas),
del Redentor en la imagen,
no con los labios y lengua,
que estaban entumecidos,755
sino con la voz interna
del corazón y del alma,
que es la que hasta el Cielo llega,
esta petición expone,
y en estos términos ruega:760
«Misericordia, Dios mío,
piedad para con mi reina,
no dejéis huérfana a España,
y al mundo hundido en tinieblas.
»Si una víctima es precisa765
de vuestra alta Omnipotencia
a miras inescrutables,
que yo la víctima sea.
«Caiga yo, caigan mis hijos,
mi estirpe toda perezca,770
y sálvese...» ¡Tomb! Retumba
en el mismo instante, y llena,
estremeciendo las cimbrias,
los ámbitos de la iglesia
la gran campana, de muerte775
dando al mundo infausta nueva.
¡Son espantoso!... Lo escucha
como el NO con que respuesta
da a su plegaria el Eterno,
el marqués, y cae a tierra.780

Romance Cuarto
Viaje fúnebre

Con blancas sobrepellices
y con hachas encendidas,
cantando fúnebres rezos
en voz confusa y sumisa,
sobre mulas enlutadas,785
formando dos largas filas,
cien devotos capellanes
a lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros,
que negros caballos guían,790
del pie a la cabeza armados
y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos
de las inclinadas picas,
y negros los paramentos,795
vestes, bandas y divisas.

Luego entre veinte alabardas,
en cuyas anchas cuchillas
las rojas luces reflejan
de noche, y el sol de día,800
cercada de doce pajes
viene una litera rica,
que de negro terciopelo
un regio manto cobija.

Los castillos y leones805
recamados lo salpican,
entre águilas imperiales
y entre portuguesas quinas,
arrastrando por el suelo
los flecos de sus orillas,810
y gruesos borlones de oro
en sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,
imperial y regia unidas,
un rico cetro y un mundo815
lleva la litera encima.

Detrás, tan pegado a ella,
que al notar lo se diría,
que alguna mano de adentro
del freno acerado tira,820

marcha un corcel generoso,
sobre el que mudo camina
el que la fúnebre marcha
dirige, gobierna y guía.

El gran marqués de Lombay,825
con faz como de ceniza,
con los ojos apagados,
con boca que no respira,

en cuyo enlutado pecho
solo se descubre y brilla,830
pendiente de una cadena,
del Toisón de Oro la insignia.

Y también de oro una llave,
que aunque primorosa y chica,
pesa para él más que un monte,835
y es áspid que le horroriza.

Gentilshombres, hidalgos,
caballeros de alta guisa
y gente de Iglesia lleva
por séquito y comitiva.840

Y en pos lacayos, repuestos,
y acémilas bien provistas,
cubiertas con reposteros
de blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera:845
una caja de ataujía,
de negro plomo aforrada
y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,
con biseles y aldabillas850
de oro a cincel trabajado,
en labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,
lleno de bálsamos iba,
de la que ayer era reina,855
y hoy sólo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo
del Genil va a las orillas,
a buscar reposo eterno
en la Iglesia granadina.860

*

Con pavoroso silencio
esta triste comitiva,
haciendo descansos breves,
marcha de noche y de día,
por lo angosto del camino,865
por los recuestos arriba,
y en los tornos y revueltas
del largo espacio que pisa,
caminando con tal orden,
tan silenciosa y unida,870
que un solo cuerpo formaba.

Y de lejos parecía
inmensurable serpiente,
que deslizándose iba
entre campos y entre montes,875
dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas

presurosos acudían
a los bordes del camino
o a las cercanas colinas,880
ya curiosos, ya asustados,
villanos con sus familias,
y por un encantamento
aquella visión tenían.

*

Al avistar este entierro885
las murallas granadinas,
de los Católicos Reyes
fresca y gloriosa conquista,
cuando en las antiguas torres
de la Alhambra relucían,890
al sol ardiente de junio,
alicatadas cornisas,
Ayuntamiento y cabildo,
con enlutadas insignias,
la Audiencia, comunidades,895
la nobleza y clerecía
salen la fúnebre pompa
a recibir, y caminan
con ella entre inmenso pueblo
que cubre las avenidas.900
Apretada muchedumbre,
do las dos razas distintas
se conocen en los trajes,
la cristiana y la morisca.
Ya las calles de Granada905
el funeral regio pisa,
a la catedral marchando
entre dos espesas filas
de lanzas y de arcabuces,
que de lindero servían910
al hervoroso gentío
que en la carrera se apiña.
Las campanas, clamorosas,
sus graves sonos envían
al firmamento, retumban915
las salvas de artillería,
resuenan roncós tambores
y destempladas bocinas,
y de dolor y respeto
fúnebre murmullo gira.920
El de Lombay nada escucha,
sigue la litera rica,
y tan pegando con ella
que son una cosa misma.
Y sin que nada le llame925
la atención, toda absorbida

en ella, de ella ni un punto
los áridos ojos quita.

Romance Quinto
Lo que es el mundo

Terminados los sufragios
y los oficios solemnes,930
último auxilio que presta
la santa Iglesia a los fieles,
 en el templo de Granada,
que los Católicos Reyes
consagraron victoriosos935
al Señor omnipotente,
 en medio de la gran nave
por do vuela el humo leve,
que seis flameros de plata
dan de olorosos pebetes;940
 a la luz de cien blandones,
cuyas rojas llamas mueve
el vapor del gran gentío
que en el templo oscuro hierve,
 y que reflejan y brillan945
en los ojos y en los dientes
de un enjambre de cabezas
de todos sexos y temples;
 entre doce caballeros
de pavonados arneses950
tan inmóviles, que estatuas
de oscuro acero parecen;
 en medio de cuatro pajes
que amarillas hachas tienen,
cubiertos de ricas galas955
y plumas en los birretes;
 sobre excelsa gradería
que alfombra pérsica envuelve,
y bajo un dosel o palio
que seis pértigas suspenden,960
 se alza un túmulo pequeño
con recamado tapete,
donde los regios blasones
esmaltados resplandecen,
 y encima la caja rica965
cerrada está, que contiene
a la emperatriz y reina,
despojo ya de la muerte.
 En pie descuella a su lado,
inclinada la alta frente,970

que a la luz de los blandones
la de un cadáver parece,
y cruzados sobre el pecho
los brazos en nudo fuerte,
el gran marqués de Lombay⁹⁷⁵
de aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil,
harto que tiembla se advierte
en que el Toisón y la llave,
que en su noble cuello penden,⁹⁸⁰
dando súbitos reflejos,
como dos hojas se mueven,
que en un álamo en otoño
aura imperceptible mece.

*

En la soberbia capilla⁹⁸⁵
donde las cenizas duermen
en magníficos sepulcros
de los Católicos Reyes;
ya está la bóveda abierta,
cuya ancha boca parece⁹⁹⁰
de la eternidad la boca,
que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento
en que el cadáver se entregue
al granadino prelado⁹⁹⁵
con testimonio solemne,
siendo el marqués de Lombay,
¡tan inflexible es la suerte!,
quien reconocer el cuerpo
y hacer de él la entrega debe.¹⁰⁰⁰

¡Acto espantoso, terrible,
para el que Lombay no tiene
fuerza en sí mismo bastante
por más alma que le aliente!

Al ver que ya el arzobispo¹⁰⁰⁵
los trémulos pasos tiende
por las gradas, que se pone
del regio féretro enfrente,

que el notario lo acompaña,
que en derredor aparecen¹⁰¹⁰
los testigos, y que el pueblo
espera el acto impaciente,

con expresión tan amarga,
mas con una fe tan fuerte
alza el rostro, y ambas manos¹⁰¹⁵
hacia los cielos extiende,

que sin duda de su ruego
se apiadó el Omnipotente,
y resignación y brío

le dio para el trance fuerte.1020

Pues de pronto en sí tornando,
con resolución desprende
la afiligranada llave
sobre su pecho pendiente;
en la estrecha cerradura1025
sin mostrar temblor, la mete,
y veloz le da la vuelta
que hace resonar los muelles.

*

Al punto un paje la tapa
alza del féretro, y vese1030
con sus regias vestiduras
un cuerpo. Mas el ambiente
con tal fetidez se infecta,
que el brillo las luces pierden;
atrás se retiran todos,1035
y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante
un blanco holán, que guarnecen
los encajes más costosos
que el prolijo belga teje.1040

Y observando la etiqueta,
el marqués tan sólo debe
levantarlo, porque pueda
el rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano1045
va a extender una y dos veces,
y la retira veloce
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
a tocarlo se resuelve,1050
lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?

¡Horror! ¡Horror! Aquel rostro
de rosa y cándida nieve,
aquella divina boca1055
de perlas y de claveles,
aquellos ojos de fuego,
aquella serena frente,
que hace pocos días eran
como un prodigio celeste,1060
tornados en masa informe,
hedionda y confusa vense,
donde enjambre de gusanos
voraz cebándose hierve.

Tal espectáculo horrendo,1065
y la fetidez y peste
que en torno se difundían,
al gran concurso estremecen

con terror pánico. Un grito,
un alarido de muerte1070
unánime se levanta;
huye asustada la plebe,
huyen pajes, caballeros,
arzobispo, nobles, prestes,
y aterrados y oprimidos1075
se apiñan en los canceles.

*

Sólo el marqués de Lombay
clavado está, sin moverse,
fijo en su puesto. Su rostro
ni palabras ni pinceles1080
pueden retratarlo. Azufre
ser sus facciones parecen,
en que expresión nunca vista
de afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan1085
del casco, mas que no tienen
ni luz ni lágrimas, fijos,
todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
contra el túmulo sostienen1090
su cuerpo, como puntales,
y ya no tiembla, que pende
inmóvil el Toisón de Oro,
cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,1095
mármol es quien tanto puede!

*

La obligación y el respeto
que al regio cuerpo se debe,
pronto al prelado, cabildo
y caballeros compelen1100
a volver, porque el cadáver
sin sepultura no quede;
y aunque no muy cerca, tornan,
y al marqués llaman. Mas éste
ni ve más que un desengaño,1105
ni oye más que una solemne
voz del Cielo; o ya es un tronco,
que ni ve, ni oye, ni siente.

Un su gentilhombre llega,
notando que allí la muerte1110
está bebiendo insaciable,
y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido
con él se abraza; parece
que está abrazado de un roble1115
que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa
del féretro, de repente,
cierra, con cuerdo discurso,
porque aquella infección cese.1120

Y al ocultarse a la vista
todo el horror que contiene,
y al estruendo de los gonces,
cerraduras y batientes,
tiembla el marqués, da un gemido1125
su rígida fuerza pierde,
y a brazos del gentilhombre
flojo y desplomado viene.

*

Acuden sus servidores,
y entre todos, cual si fuese1130
cadáver, fuera del templo
le conducen como pueden.

En cuanto le dio en el rostro
a cielo abierto el ambiente,
los ojos abre, suspira,1135
de nuevo a la vida vuelve;

se pone en pie, gira en torno
la vista, como si hubiese
de una pesadilla horrible
despertado. En la celeste1140

bóveda la clava, y dice
con acento tan ferviente,
y una expresión tan sublime,
que hasta las piedras conmueve:
«No más abrasar el alma:1145
con sol que apagarse puede,
no más servir a señores
que en gusanos se convierten.»

Y desmayóse de nuevo,
hundido en maligna fiebre,1150
que puso su noble vida
muy a pique de perderse.

*

Este marqués de Lombay
estaba a los pocos meses
en una mezquina celda,1155
confundido y penitente;
y predicando a los hombres
con ejemplo tan solemne,
el desprecio que a las pompas
del ciego mundo se debe.1160

Hoy «San Francisco de Borja»
lo llama la Iglesia, y tiene
culto propio, con que buscan
su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

